

grandiosa para que su siglo la comprenda, ó á lo menos para que se atreva á ejecutarla, el ser tenidos por ilusos y visionarios. Así sucedió con Luque y sus compañeros. Fijo siempre su espíritu en una misma idea, y admitiendo al punto todas las pruebas que pudieran robustecerla, la existencia de un rico y poderoso imperio en el Sur, habia llegado á ser para ellos una cosa indudable; al paso que para el resto de sus compatriotas era solo una mera ilusion de su fantasía que se iba á desvanecer como una sombra al acercarse; y los proyectistas que arriesgaban su fortuna en la empresa, eran calificados de locos. Pero habia llegado la hora de su triunfo, de aquel triunfo que habian ganado á costa de tantas fatigas y perseverancia.

A pesar de todo, el gobernador Pedro de los Rios pareció no conocer aun la importancia de aquellos descubrimientos, ó tal vez su misma grandeza le asustaba. Cuando los socios llenos ahora de confianza, acudieron á pedirle que protegiese una empresa demasiado vasta para sus recursos privados, les replicó friamente: "Que no entendia de despoblar su gobernacion para que se fuesen á poblar nuevas tierras, muriendo en tal demanda mas gente de la que habia muerto, cebando á los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que habian traído."²⁶

²⁶ Herrera, Hist. General, dec. 4, lib. 3, cap. 1.

Desanimados los tres compañeros con semejante repulsa, que recibian del único que podia ayudarles eficazmente, y agotados sus recursos y su crédito en sus anteriores esfuerzos, se vieron en grandísimo apuro. Mas detenerse entonces ¿no era abandonar la rica mina que habia abierto á fuerza de trabajo y de perseverancia, para que otros viniesen á explotarla en provecho propio? En esta crítica situacion el fecundo ingenio de Luque discurrió el único arbitrio que les quedaba para no perder lo trabajado, y propuso acudir directamente á la corona. Nadie debia interesarse mas en el buen resultado de la expedicion. Los descubrimientos se hacian para el gobierno, y para él se conquistaban aquellas regiones; él era el único que podia proporcionar los recursos necesarios, y era de esperarse que comprendiese toda la importancia del asunto, mejor que un oscuro gobernador de las colonias.

Pero ¿cuál de los tres asociados era el mas apropiado para encargarse de esta delicada comision? Las obligaciones de su empleo detenian á Luque en Panamá, y sus compañeros, soldados sin educacion, eran mas apropiados para el campo que para la corte. Almagro con su lenguaje toseco, aunque á veces afectado y pomposo, pequeño de estatura, y de fisonomia vulgar, desfigurada ademas por la reciente pérdida de un ojo, no era tan apropiado para esta

mision como su compañero de armas, que contaba con una buena, figura y cierto aire de autoridad, sabia usar de buenos argumentos, y cuando se interesaba vivamente en un negocio, llegaba á ser elocuente, apesar de los defectos de su educacion. El clérigo se empeñaba á pesar de eso, en que se encargase la negociacion al Licenciado Corral, empleado respetable que regresaba á su patria á asuntos de gobierno; pero Almagro se oponia abiertamente á esta determinacion. Nadie segun este, podia dirigir mejor el negocio, que uno de los interesados en él. Tenia en mucho la prudencia de Pizarro, su discernimiento y su política fria y calculadora: ²⁷ conocia bastante á su compañero para estar seguro de que su presencia de ánimo no le abandonaria en la nueva, y por lo mismo difícil posicion en que se iba á ver en la corte: la relacion de las pasadas aventuras debia causar mucho mas efecto salida de la boca de quien habia sido en ellas el principal actor. ¿Quién como él pintaria los inauditos sufrimientos y sacrificios por que habian tenido que pasar? ¿Quién daria mejor razon de lo hecho, de lo que estaba por hacer y de los auxilios que para ello se necesitaban? Concluia, por lo mismo, con su acostumbrada franqueza, pidiendo encarecidamente á su

²⁷ "E por pura importacion de Almagro cupole á Pizarro, porque siempre Almagro le tubo respeto é deseó honrarle." Oviedo, Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 1.

compañero que se encargase de aquella comision.

Conoció Pizarro la exactitud de los raciocinios de Almagro, y aunque con evidente repugnancia, admitió un encargo menos conforme á sus inclinaciones que una espedicion á los despoblados. Mas trabajo costó reducir á Luque: "Plegue á Dios, hijos, les dijo, que no os hurteis la bendicion el uno al otro, que yo todavía holgara que á lo menos fuérades entreambos." ²⁸ Pizarro se comprometió á mirar por los intereses de sus asociados lo mismo que por los suyos propios. Pero es evidente que Luque desconfiaba de Pizarro.

No dejó de haber sus dificultades para conseguir la suma necesaria para equipar al comisionado, á fin de que se presentase en la corte de un modo conveniente: tan poco crédito así tenían los asociados, y tan poco era lo que se confiaba aun en los resultados de sus importantes descubrimientos. Consiguieron al fin mil y quinientos ducados, y en la primavera de 1528, salió Pizarro de Panamá acompañado de Pedro de Candia. ²⁹ Llevó tambien consigo algunos Indios así como dos ó tres llamas, varios tejidos finos y muchos vasos y alhajas de oro y plata, como muestras de la civilizacion del pais y fiadores de la verdad de sus maravillosas relaciones.

Entre todos los que han escrito sobre las antigüedades del Perú, ninguno ha adquirido tanta

²⁸ Herrera, Hist. General, buena voluntad D. Fernando de dec. 4, lib. 3, cap. 1. Luque." Montesinos, Anales,

²⁹ "Juntaronle mil y quinientos pesos de oro que dió de MS., año 1528.

celebridad, ni ha sido citado con tanta frecuencia por los compiladores modernos, como el Inca Garcilaso de la Vega. Era mestizo, pues nació en el Cuzco, el año 1540, de padre español y de madre india. Garcilaso de la Vega, su padre, pertenecía á aquella ilustre familia cuyas hazañas en armas y en letras, aumentaron tanto el lustre del periodo mas brillante de los anales de Castilla. Vino al Perú con Pedro de Alvarado, poco despues de haber ganado Pizarro aquella tierra. Siguió siempre la suerte de este capitán, y así que fué muerto, la de su hermano Gonzalo, á quien se mantuvo fiel durante su rebelion hasta el momento de su derrota en Xaquixaguana, en donde Garcilaso tomó el mismo partido que la mayor parte de los de su bando, pasándose al enemigo. Pero esta muestra de lealtad, aunque le salvó la vida, fué demasiado tardia para indemnizarle á los ojos del partido victorioso, y la mancha que se echó encima por la parte que tuvo en la rebelion, fué un obstáculo con que siempre tropezó en su carrera, y aun pasó en herencia á su hijo, segun se vió despues.

La madre del historiador era de la sangre real del Perú, sobrina de Huayna Capac, y nieta del famoso Inca Tupac Yupanqui. Garcilaso, al mismo tiempo que se manifiesta muy satisfecho de que corriese por sus venas la sangre de los civilizados Europeos, no se muestra poco orgu-

lloso de descender de la dinastía real del Perú; y así lo indicaba mezelandó su apellido con el título propio de los príncipes peruanos, y firmando siempre *Garcilaso Inca de la Vega*.

Pasó sus primeros años en su país natal, donde fué criado en la religion católica romana, y recibió la mejor educacion que era posible proporcionarle entre el estruendo de las armas y las continuas guerras civiles. Apenas habia cumplido veinte años, cuando dejó la América en 1560, y se fijó desde entonces en España. Signió allí la carrera militar y llegó á obtener el empleo de capitán en la guerra contra los moriscos, y despues bajo las banderas de D. Juan de Austria. Aunque se portó con honor en su peligrosa carrera, parece no haber quedado muy satisfecho del modo con que pagó el gobierno sus servicios. El hijo llevaba todavía sobre sí el borron de la deslealtad del padre, y Garcilaso nos afirma, que esta circunstancia hizo inútiles todos sus esfuerzos para recobrar el rico patrimonio de su madre que habia recaído en la corona. “Y con todo esto pudieron los disfavores pasados tanto,” nos dice, “que no osé resucitar las pretensiones y esperanzas antiguas, ni las modernas. Tambien lo causó el escapar yo de la guerra tan desbalijado y adeudado, que no me fué posible volver á la corte, sino acojermé á los rincones de la soledad y pobreza donde paso una

vida quieta y pacífica, como hombre desengañado y despedido de este mundo y de sus mudanzas.”

El lugar que eligió para este oscuro retiro, no fueron, sin embargo, las entrañas de un desierto, como podría suponerse el lector por este tono de resignación filosófica, sino la ciudad de Córdoba, la alegre capital de los moriscos en otro tiempo, y todavía entonces ciudad frecuentada y bulliciosa. Allí se empleaba nuestro filósofo en sus trabajos literarios, tanto más agradables á su lastimado espíritu, cuanto que su objeto era perpetuar la memoria de las antiguas glorias de su patria natural, y presentarlas en su primitivo lustre y esplendor á los ojos de su patria adoptiva. “Y no tengo razón de quejarme” dice en el prólogo de su Florida, “de que la fortuna no me haya favorecido, pues á esto debo el haber entrado en una carrera literaria, que espero me dará fama mayor y más duradera, que la que podían haberme dado todos sus favores.”

En 1609 dió á luz la primera parte de su grande obra de los *Comentarios Reales*, destinada á tratar de la historia del país en tiempo de los Incas, y en 1616, pocos meses antes de su muerte, acabó la segunda parte, que comprende la historia de conquista, la cual se publicó en Córdoba el año siguiente. De este modo terminó el cronista sus

trabajos con su vida, á la avanzada edad de setenta y seis años. Dejó una crecida suma para pagar misas por su alma, de lo que se infiere que no ha de tomarse al pié de la letra lo que de su pobreza decia. Fueron sepultados sus restos en la catedral de Córdoba, en la capilla que aun conserva el nombre de Garcilaso, y sobre su tumba se puso una inscripción que expresaba el respeto y aprecio general que se habia grangeado el historiador, por sus distinguidas prendas como hombre y como literato.

La *Primera Parte* de los *Comentarios Reales* está dedicada á tratar de la historia antigua del país como ya hemos dicho, y presenta un cuadro completo de la civilización de los Incas: sin duda el más completo, que hasta la presente se haya escrito. La madre de Garcilaso solo tenia diez años cuando su primo Atahuallpa heredó el imperio, ó por mejor decir, lo usurpó, según decian los de la facción del Cuzco. Tuvo ella la buena suerte de escapar de la matanza que, según el cronista, acabó con la mayor parte de sus parientes, y después de la conquista continuó viviendo, con su hermano, en la antigua capital del reino. Su conversación recaía naturalmente sobre los dichosos tiempos del gobierno de los Incas, y cualquiera puede figurarse, que en vez de haberse confundido estos recuerdos con el tiempo transcurrido, el pesar que les causaba

en su triste estado presente la memoria de época mas feliz, debia dar á sus descripciones mas viveza y algun tanto de exageracion. El jóven Garcilaso escuchaba atentamente estas relaciones que le recordaban la grandeza y las hazañas de sus ilustres progenitores, y aunque por entonces no hizo uso de ellas, se quedaron profundamente grabadas en su memoria para aprovecharlas en tiempo mas oportuno. Cuando, pasados ya muchos años, se disponia en su retiro de Córdoba á componer la historia de su país, escribió á sus antiguos compañeros y condiscípulos incas, para que le diesen, sobre varios puntos históricos de importancia, informes circunstanciados que en España le era imposible conseguir. En su juventud fué testigo de los usos y ceremonias de sus paisanos; era perito en interpretar sus quipos, y muchas de sus antiguas tradiciones le eran familiares. Ayudado luego de las noticias de sus parientes y amigos del Perú, llegó á familiarizarse con la historia y leyes de los Incas hasta un punto á donde solo podia llegar, quien como él se habia educado entre los Indios, hablaba su idioma y sentia correr la sangre de ellos por sus venas. Garcilaso era, en una palabra, el representante de la raza conquistada, y era de esperarse que su pincel dispusiese las luces y sombras del cuadro, de modo que produjesen un efecto muy diverso del

que hasta entonces habian producido en manos de los conquistadores.

Así sucedió hasta cierto punto, y aunque solo se aprecien sus obras por el término de comparación que ofrecen para investigar la verdad, deben tenerse en grande estima. Mas Garcilaso escribió en edad muy avanzada, despues que los escritores españoles habian tratado mucho de aquellas materias. Era, pues, preciso que guardase ciertas consideraciones á hombres que gozaban en su mayor parte de grande aprecio, tanto por sus estudios como por su posicion en la sociedad. Su objeto, segun afirma, no era tanto el añadir algo nuevo de su propia cosecha, como corregir los errores y equivocaciones en que aquellos incurrieron, por su ignorancia de la lengua y costumbres de los Indios. No se encerró, sin embargo, en tan estrechos límites, y de los copiosos materiales que habia recojido, formó una obra que ha sido una rica mina de que han sabido aprovecharse los modernos. Se le conoce el placer con que escribia, y cualquier asunto que llega á tratar, lo ilustra y lo adorna con detalles tan variados y minuciosos, que deja satisfecha la curiosidad mas exigente. De leer sus *Comentarios* á leer los escritos de los Europeos, hay la misma diferencia que de leer una obra en su lengua original, á leerla en una mala traduccion. Los escritos de Garcilaso son un destello de la imaginacion del Indio.

Sus comentarios, sin embargo, adolecen de un grave defecto, que la posición del autor hacia hasta cierto punto inevitable. Como se dirija á los ilustrados Europeos, ponía todo empeño en desplegar á sus ojos las antiguas glorias de su nación bajo su aspecto mas grandioso. Este fué el incentivo que le hizo emprender sus trabajos literarios, para cuyo desempeño estaba muy lejos de ser bastante la educación que habia recibido, por buena que fuese para los malos tiempos que alcanzó. Garcilaso escribió pues para conseguir un objeto determinado. Presentóse en la arena como abogado de su desgraciada patria, para defender la causa de aquella raza abatida ante el tribunal de la posteridad, y así es que en todas las páginas de su obra se echa de ver el tono exagerado de un panegírico. Nos pinta un estado de sociedad como apenas se atrevería á figurárselo un filósofo utopista, y convierte á sus reales progenitores en tipos de todas las virtudes imaginables. En sus páginas renace la edad de oro para una nación que goza de todos los bienes de la paz y tranquilidad, mientras que sin cesar devasta sus fronteras una guerra de proselitismo; y aun las riquezas de la monarquía, bastante grandes de por sí en esa tierra de oro, las transforma la ardiente imaginación del cronista en las magníficas ilusiones de un cuento de brujas.

Hay sin embargo un fondo de verdad en sus mas extravagantes imágenes, y sería una injusticia suponer que el historiador indio no creía la mayor parte de las estrañas maravillas que refiere. No hay credulidad que iguale á la de un neófito, que acaba de abrazar la fé cristiana. Despues de vivir largo tiempo entre las tinieblas del paganismo, cuando hiere por primera vez sus ojos la luz de la verdad, se encuentra incapaz de distinguir la verdadera magnitud de los objetos, y de separar lo real de lo imaginario. Sin duda que Garcilaso no era un converso, por que desde su infancia se crió en la fé católica; pero vivia rodeado de ellos, y aun sus mismos parientes, despues de practicar toda su vida las ceremonias del paganismo, acababan de entrar por primera vez en el gremio de la Iglesia. El escuchaba las lecciones de los misioneros, aprendía de ellos á dar fé implícita á las maravillosas leyendas de los santos, y á las historias, no menos maravillosas, de los triunfos que ellos mismos alcanzaran en las batallas espirituales que les habia costado la propagación de la fé. Acostumbrado así desde su niñez á ejercitar continuamente su credulidad, perdió su razón la facultad divina de distinguir la verdad del error, y se familiarizó tanto con lo milagroso, que con el tiempo, lo milagroso dejó ya de ser milagro. Mas si bien por esta causa hay que hacer gran-

des rebajas en lo que el cronista refiere, existe siempre un fondo de verdad que no es difícil descubrir y aun separar de los caprichosos adornos que la ocultan, y despues de descartar todas las exageraciones del orgullo nacional, queda todavía gran copia de noticias exactas sobre las antigüedades del pais, que en vano buscaríamos en los escritos de ningun Europeo.

Los de Garcilaso son el reflejo del siglo en que floreció, y hablan mas bien á la imaginacion que á la sana filosofia. El brillante cuadro que sin cesar presenta, nos deslumbra; y nos embelesan los curiosos detalles y la animada charla con que llena el resto de sus páginas. Interrumpe á cada paso la relacion de los sucesos, para ventilar diversas cuestiones que sirven para esclarecerlos, con lo que evita la monotonia de la narracion y proporciona un agradable descanso á los lectores. Esto debe entenderse de la primera parte de su grande obra, porque en la segunda ya no habia motivo para semejantes investigaciones. El espacio que ellas debian ocupar lo llenó con multitud de reminiscencias, anécdotas personales, aventuras episódicas, y un cúmulo de detalles, triviales á los ojos de los pedantes, y que los historiadores han estado siempre dispuestos á echar á un lado, como incompatibles con la gravedad de la historia. Allí vemos á los actores de aquel gran drama, en traje de casa,

por decirlo así; nos imponemos de sus costumbres privadas, escuchamos sus conversaciones familiares, y en una palabra, recojemos todos aquellos incidentes, insignificantes de por sí, pero que en su conjunto forman una parte tan esencial de la vida y revelan el verdadero carácter de los personajes.

Esta confusa mezcla de lo grande y de lo pequeño, hecha sin ningun artificio, es uno de los principales atractivos de las novelescas crónicas antiguas, sin que pierdan nada de su exactitud por mas que se aproximen bajo este aspecto al estilo ordinario de las novelas. En estos escritos es en donde debemos estudiar el carácter y la influencia del siglo. Los apolillados papeles de estado, la correspondencia oficial, los registros públicos, son utilísimos, indispensables para la historia. Ellos son el armazon sobre que debe descansar esta; el esqueleto que ha de determinar su fuerza y proporciones. Pero son tan inútiles como un monton de huesos descarnados, si no hay quien les dé su verdadera colocacion y les inspire un soplo de vida, para que salgan de sus manos animados del verdadero espíritu del siglo. Mucho debemos al infatigable anticuario, que no descansa hasta echar con toda solidez y exactitud los cimientos de la verdad histórica, y no menos al filósofo analista que nos representa al hombre con su traje público; ó por

mejor decir, vestido de máscara; pero no debemos negar nuestra gratitud á los que, como Garcilaso y mas de un romancero de la edad media, han penetrado á la vida privada y dános una pintura, aunque se le suponga algo desfigurada, de todos los objetos, los grandes y los pequeños, los bellos y los repugnantes, cada uno en su lugar y con sus verdaderos colores. Seria vano empeño el de sujetar la obra de Garcilaso al crisol de la crítica, considerándola como obra de arte. Pero aunque en su composicion quedan á un lado todas las reglas del arte, no se sigue de eso que haya de faltar á los principios del gusto, porque su espíritu es conforme al espíritu del siglo en que fué escrita. Y el crítico que la condena severamente con arreglo á los ajustados preceptos del arte, hallará tal deleite en su mismo candor y sencillez, que una y otra vez volverá á cebarse en la lectura de sus páginas, mientras que echa á un lado y olvida otras composiciones mas clásicas y mas correctas.

Aunque tal vez me he estendido ya demasiado, no me decido á terminar este juicio crítico de Garcilaso, sin decir algo de la traduccion inglesa de sus Comentarios. Apareció en el reinado de Jaime II, y la debemos á la pluma del caballero Sir Paul Rycout. Se imprimió en Londres en 1688, en folio, con visibles pretensiones á edicion de lujo, muy adornada de grabados en

madera, y con un frontispicio en que se vé la escaálida y aun ridícula figura, no del autor, sino del traductor. La version sigue la misma marcha del original, libro por libro, y capítulo por capítulo, notándose muy raras veces, aunque sí algunas, la libertad tan comun en estas antiguas traducciones de omitir ó compendiar algun pasage. Cuando se aparta del original es mas bien por ignorancia que de intento, y si puede servir de excusa la ignorancia, le sobran al buen caballero los medios de defensa. Nadie que lea su traduccion dejará de convenir en que conocia muy poco su propio idioma, y cualquiera que la compare con el original, echará de ver su absoluta ignorancia de la lengua castellana. Tiene tantas faltas como renglones, y tales algunas, que harian avergonzar á un muchacho de escuela. Mas son tantas las rústicas bellezas del original, que esta traduccion, mas rústica todavía, ha gozado de grande favor entre los lectores, y la version de Sir Paul Rycout, á pesar de su antigüedad, se ve aun ocupando su lugar en mas de una librería, tanto públicas como particulares.